

Frédérique Vinteuil

Sobre «Los orígenes de la opresión de las mujeres» de Antoine Artous*

Este trabajo no pretende refutar punto por punto las tesis defendidas por A. Artous [en *Les origines de l'oppression des femmes (système capitaliste et oppression des femmes)*].** Una parte de esas tesis es resultado de una elaboración común y no se presta a discusión; el deseo de detallar cómo el capitalismo ha remodelado la opresión de la mujer, la necesaria crítica a Engels, ambos son presupuestos de un análisis necesario; del mismo modo estamos de acuerdo en la amplia parte de su trabajo referente a la naturaleza del trabajo doméstico, y no volveré aquí sobre ello. En cambio, la parte esencial de la tesis referente a la relación sociedad mercantil/capitalismo/opresión de la mujer, me parece muy confusa, con una visión simplificadora de los cambios operados por el capitalismo en la condición de la mujer. Me parece necesario como mínimo aportar ciertas precisiones.

La tesis de A. Artous

A. Artous critica muy justificadamente a Engels, por haber creído éste que la inserción relativamente masiva de las mujeres en la esfera de la producción sería suficiente para asegurarles su emancipación. El estudio de la sociedad actual, cien años después de escrita la obra *El origen de la familia....* es edificante. Según A. Artous, el error de Engels consiste en no haber *percibido el proceso* contradictorio del tratamiento de la opresión de la mujer por el capitalismo: proletarización, por supuesto, pero, sobre todo y al mismo tiempo, reclusión en la familia. En efecto, el capitalismo, al generalizar la mercancía, lleva a sus últimas consecuencias la división del trabajo y la oposición entre el universo de la producción mercantil y la esfera de la reproducción. Las mujeres se encuentran entonces con que encarnan el grupo social adscrito a la reproducción privada, u su estatuto específico en la sociedad capitalista, incluso sus relaciones con el trabajo productivo, están marcados por dicha pertenencia al mundo de la reproducción doméstica (las mujeres son proletarizadas como mujeres, con salarios bajos y en oficios femeninos). Esta situación contrasta con la que existía en los modos de producción precapitalista, en los que había sin duda alguna una división del trabajo entre hombres y mujeres, pero donde la producción y la reproducción no estaban tan profundamente separados y las mujeres participaban en una y otra de estas actividades. Con el capitalismo aparece una nueva familia desligada de la producción, encerrada en sí misma (contrariamente a la familia abierta dentro de un sistema de relaciones más amplio de los períodos precapitalistas), ligada a la progresión del estado burgués; esta familia encarna la esfera de lo privado, un conjunto de valores innovadores separados del

* Frédérique Vinteuil (pseudónimo de Monique Saliou, *Sur les origines de l'oppression des femmes*. Aquí se reproduce, con leves correcciones, la versión castellana, incluida como apéndice de la edición castellana del libro de Antoine Artous, que este artículo comenta críticamente.

El libro de A. Artous, *Les origines de l'oppression des femmes (système capitaliste et oppression des femmes)*, fue publicado en castellano como *Los orígenes de la opresión de la mujer: sistema capitalista y opresión de la mujer*, por la editorial Fontamara en 1978.

universo social del productor, él mismo separado del mundo de la acción política. Así pues, el estatuto de la mujer ha empeorado, según A. Artous. Algunas citas son significativas: «Esto no significa que las mujeres ya no participen en la producción; lo hacen en condiciones *mucho más desfavorables*». A su vez, nos explica que los modos de producción precapitalistas eran más favorables a las mujeres: «Una imbricación muy fuerte entre las relaciones de parentesco, las relaciones de producción y las relaciones políticas y, por lo tanto, una situación más favorable para la mujer». El capitalismo es presentado como el fin de un proceso: «El capitalismo significa el fin del proceso de reclusión de la mujer en el trabajo doméstico».

Hay que reconocerle a A. Artous que, no obstante, describe el fin de este proceso basándolo en las contradicciones del capitalismo «tardío», que proletariza cada vez más masivamente a las mujeres, y que socializa tendencialmente las tareas domésticas.

Esta tesis resulta seductora por su coherencia aparente, y por las pretensiones de veracidad que deduce de hechos que nadie podría negar: el capitalismo ofrece la imagen de una estricta división del trabajo, y su implantación va seguida por el nacimiento de una nueva familia. Pero lo que A. Artous no comprende es que el estatuto de la mujer no es la proyección mecánica de esta evolución.

Se impone una primera cuestión. Si el capitalismo significa el «fin» de la reclusión de la mujer en la familia, separada de la producción, esta situación debe encarnarse en un período histórico. Ahora bien, si se intenta hacer esta periodización, se buscará en vano la realización de esta tendencia. Durante el período del capitalismo salvaje (a grandes rasgos, la segunda mitad del siglo XIX en Francia), la mayoría de la población sigue siendo rural; las mujeres participan en la producción agrícola como en cualquier sociedad precapitalista; lo mismo sucede con la pequeña burguesía tradicional (comercio, artesanado); por el contrario, las condiciones de trabajo en la clase obrera son tales que durante varios decenios no existe prácticamente una familia obrera y, por lo tanto, tampoco una reclusión de las mujeres, que sería lo que ocurriría sólo entre la burguesía y en determinados sectores de la pequeña burguesía (esposas de médicos, de notarios...).

Si separamos un segundo período, en el cual el capitalismo progresa lentamente en su penetración de la estructura social francesa, pero en el que el movimiento obrero ha conquistado ya una serie de medidas protectoras (finales del siglo XIX hasta 1945), surge sin duda alguna una familia obrera que sigue el modelo de la familia burguesa, pero la mayoría de las mujeres de la clase obrera trabaja fuera de casa. El sector numéricamente (y no económicamente) dominante sigue siendo el conjunto formado por el campesinado y el artesanado. A esto hay que añadir que todas las clases de la sociedad son decididamente malthusianas, lo cual implica una relación madre-hijo (único) sensiblemente diferente a la que describe A. Artous.

Finalmente, el tercer período correspondería al capitalismo tardío, período del cual A. Artous dice con mucho acierto que encarna una reorientación de la tendencia, y una crisis de la familia burguesa.

He aquí pues un «desenlace» que históricamente jamás ha llegado a su fin, porque históricamente se ha visto obstaculizado por las contradicciones relacionadas con el pasado, como por las de su propia superación. Resulta curioso ver aplicado aquí el concepto «desenlace» a un proceso social, del cual los marxistas han pensado hasta ahora que su

esencia era el movimiento por continuidad y superación.

El problema es que A. Artous reduce mecánicamente uno a otro dos niveles diferentes: familia y situación de la mujer. Tiene perfecta razón en subrayar que la familia burguesa queda marcada por la separación entre producción y reproducción, y que encarna lo privado, frente al universo social y político. Pero esta constatación no agota la cuestión del estatuto de la mujer; es un parámetro para medir dicho estatuto, pero no es el único; y ya hemos visto cómo se aplica contradictoriamente. Aunque la familia haya cambiado de función bajo el capitalismo, el trato operado en la situación de la mujer es más complejo, precisamente porque ésta depende del conjunto de las relaciones sociales y en primer lugar de la evolución del Estado.

El estatuto de la mujer en las sociedades precapitalistas

A. Artous se preocupa poco por los mecanismos de funcionamiento de las sociedades precapitalistas. Desde la antigüedad a nuestras sociedades rurales del antiguo régimen, el rasgo común es *la disolución de la autoridad* -monopolizada en nuestros días por el Estado- a todos los niveles de la formación social: *las relaciones de poder están íntimamente unidas con las relaciones de producción*, sin que intervenga la más mínima separación entre por un lado la ley, el derecho, y por otro lado las relaciones entre los sujetos del proceso económico: autoridad absoluta del amo sobre el esclavo; autoridad judicial, militar, fiscal, del señor sobre los campesinos; derecho de corrección y de control de las actividades de los sirvientes libres por los amos, siendo considerados los sirvientes como hijos del amo en el plano jurídico. El estatuto de la mujer refleja precisamente esta situación, a diferencia de que el control no solamente se ejerce sobre su fuerza de trabajo, sino también sobre su capacidad biológica de reproducción. Volveré sobre el problema de los orígenes de la opresión al final de este trabajo; pero en todas las sociedades históricas (con excepción de la sociedad capitalista) la mujer es propiedad del hombre. Esto se traduce por la ausencia de existencia legal como individuo, el deber de obediencia... A. Artous lo señala por otra parte en su artículo, para anunciar que el capitalismo tardío trae el fin de esta situación, pero no saca de ello las conclusiones que se imponen. Este derecho de propiedad ejercido sobre las mujeres por los hombres (con diferentes matices, según los periodos y las sociedades), es indispensable para el buen funcionamiento de las sociedades precapitalistas; está arraigado en la estructura familiar, que no es solamente *unidad de producción y de consumo*, sino también *unidad de poder*, siendo ambas funciones inseparables. La familia, donde reina la autoridad del padre, controla la producción de hijos, mediante el control del cuerpo de la mujer. Todos los demógrafos estiman que el tamaño de la familia depende de las normas fijadas por la comunidad.

«El trabajo de la mujer comprendía la sexualidad y la reproducción: ella debía satisfacer la demanda del esposo, y producirle tantos hijos como exigieran las normas de la comunidad».¹

La mayor parte de las sociedades precapitalistas muestran una actitud extremadamente violenta ante el adulterio femenino (ejemplo: la lapidación practicada por los hebreos, el código de honor de la Sicilia actual o de los países árabes); el control de los nacimientos se deja en manos del marido (en las sociedades antiguas, y en China aún recientemente,

¹ Edward Shorter, *Naissance de la famille moderne*, Seuil, p. 93.

el marido puede aceptar o rechazar al recién nacido, que puede ser abandonado², sobre todo cuando se trata de una niña; el padre tiene también la obligación social de matarla él mismo cuando la criatura presenta alguna malformación). Estos derechos han desaparecido en el occidente cristiano, pero se mantienen aún bastantes prácticas similares. Una situación así no nos remite únicamente a la voluntad de transmitir sus bienes a hijos legítimos, como pensaba Engels; se deriva del hecho de que los hijos aportan su fuerza de trabajo y que, por lo tanto, conviene controlar su número y su sexo: ya es suficiente con que sobrevivan uno o dos hijos destinados a mantener a los padres ancianos o enfermos; no conviene tener demasiadas hijas, a las que casi siempre habrá que dotar.

A este control de la mujer como reproductora se añade la apropiación de su fuerza de trabajo. A. Artous se equivoca gravemente cuando afirma que el estatuto social de la mujer sea ahora mejor porque participan masivamente en la producción. Esta afirmación, contenida ya en la obra de Engels, que sitúa por otra parte la reclusión de la mujer en la familia al mismo tiempo que la aparición de las relaciones mercantiles, es curiosa. Lo que constituye el privilegio de una situación social, en la sociedad precapitalista, no es su inserción en la producción (porque ¿quién habría entonces más favorecido que los esclavos de la antigüedad?), sino la posesión de los medios de producción y el lugar que se ocupa en las *relaciones jerárquicas*: libre/no libre, noble/no noble, etcétera... Ahora bien, las mujeres rara vez tienen acceso a la propiedad de la tierra y de los medios de producción; sea porque están incapacitadas totalmente desde un punto de vista jurídico, sea porque heredan sólo en condiciones muy particulares, como hija única o como viuda. Pero, en estos últimos casos, es extraño que la comunidad familiar o social no las despoje de estas ventajas en beneficio de un hombre: la viuda hebrea tiene que casarse con su cuñado; la heredera griega con su tío; en la Europa feudal la mujer que hereda de un feudo debe casarse, por principio, con el hombre que para ella elige su señor. En todos los demás casos, la mujer es una *extraña* en la familia del marido, con su dote por toda propiedad. Marginada de la propiedad, *la mujer no disfruta en absoluto de esta «relación de fuerzas sociopolítica»*, de la que nos habla A. Artous.

En cuanto a la participación en la producción propiamente dicha, la demostración de A. Artous no insiste suficientemente en el hecho de que, como en los mejores tiempos del capitalismo, esté sobredeterminada por la pertenencia al grupo dependiente e inferiorizado de la mujer. La división del trabajo en el seno de la comunidad campesina, entre tareas femeninas y masculinas, es infinitamente más estricta que en la actualidad. Hombres y mujeres no comparten ninguna actividad en absoluto. El cuadro que ofrece E. Shorter³, resulta revelador:

2 En el original: *exposé*. Alude a la antigua costumbre china de exponer a los recién nacidos en los bordes de los caminos para que algún caminante los recogiera. - N. del T.

3 E. Shorter, *op. cit.*, p. 87.

División de tareas por sexos, en el seno del caserío rural tradicional

	TAREAS FEMENINAS	TAREAS MASCULINAS
<i>Interior de la casa</i>	Cuidado de los hijos	Encender el fuego
	Cocina	
	Hogar	Llevar las cuentas de la hacienda
	Cuentas de la casa	
	Artesanía rural	
<i>Exterior de la casa</i>	Recoger madera	Almacenaje del vino
	Transportar agua	Alimentar el ganado (según cuál)
	Huerto	Vender el ganado
	Cuidar de los corrales y de la producción de leche	Mantener el material agrícola
	Venta de productos de los corrales y de la producción de leche	Cavar el campo
		Arar
	Riego	Segar
	Desherrar	
	Hacer las conservas de cerdo	Matanza del cerdo

Cualquier transgresión era inmediatamente castigada por la comunidad. Esta separación es fundamentalmente desigual. Las mujeres efectúan frecuentemente los trabajos más penosos y éstos se consideran degradantes. Fuera de la familia, las mujeres ejercen únicamente trabajos femeninos, cuya de función varía según los lugares y las épocas: hilar, medicar (en tanto que comadronas), artesanías específicas; los beneficios y las condiciones de trabajo siempre son peores que en el caso de los hombres. Un escribano del antiguo Egipto enumeraba los oficios independientes en las ciudades y utilizaba la expresión «desgraciado como una mujer». Por otra parte, difícilmente podría ser de otro modo, puesto que lo que caracteriza a la mujer es su estatuto de dependencia, que a su vez condiciona sus relaciones laborales.

A. Artous sobrestima por otra parte la novedad que supone la reclusión de la mujer en las tareas de reproducción, separadas de la producción. En realidad, así sucedió siempre en el caso de las mujeres de las clases superiores: la mujer ateniense estaba encerrada en el gineceo, como la aristócrata romana y la castellana medieval, o la mujer del mercader rico en el siglo XIV. *Pero para la masa de las demás mujeres, lo que dominaba socialmente no era su participación en la producción, puesto que por otra parte la mayoría de sus actividades eran externas a la economía de mercado; era más bien su papel específico de dedicación a las tareas domésticas, y tenía por corolario una reclusión muy real en la vivienda.* En la mayoría de las sociedades antiguas, en las sociedades orientales y hasta el período actual, las mujeres necesitan de la autorización del marido para salir de casa; en la Europa medieval y bajo el antiguo régimen, las costumbres son más flexibles, pero sigue persistiendo el confinamiento en el hogar. «Ni la mujer ni el cerdo deben salir jamás de su casa»⁴, afirma uno de los trescientos refranes de nuestras provincias sobre el tema.

4 Refrán francés: «Jamais femme ni cochon ne doivent quitter la maison», traducido literalmente. - *N. del T.*

En otras palabras, la oposición entre producción para el mercado, esquemáticamente reservada al hombre, y la producción de valores de uso reservada a la mujer, existe antes del capitalismo; éste ha establecido una *separación geográfica* entre ambas esferas, atrayendo al universo mercantil una parte de las actividades que antes estaban excluidas, pero la división sexual de las tareas ya venía dada.

Ni qué decir tiene que cualquier actividad de orden político está excluida del estatuto de la mujer, salvo en el caso, único, en que una mujer es heredera de una dinastía real suficientemente estabilizada para que la función y el símbolo cuenten más que el individuo que los encarna. El ejemplo que nos ofrece A. Artous de la Fronda, última revuelta nobiliaria, en la que las mujeres habrían ejercido un papel preponderante antes del advenimiento de la burguesía, no prueba nada. No se trata de demostrar que algunas mujeres hayan participado *de hecho* en la vida política, hay pocas sociedades donde esto no sucediera, sobre todo en los períodos en que el orden se tambalea. Si A. Artous se decide a dejar la lectura del cardenal de Retz por la de Balzac, verá que las mujeres intrigan tanto en los salones burgueses del siglo XIX como en los preciosos salones de principios del siglo XVII. El problema es elucidar qué es lo que, en una sociedad determinada, impide a la masa de mujeres participar de hecho y de derecho en la vida política.

En resumen, las mujeres en las sociedades precapitalistas son más bien mercancías intercambiadas por las familias que no individuos; *su estatuto está en función de su dependencia casi total, y de su especialización en las tareas de reproducción de la especie y de las tareas domésticas*. De modo que la amplitud de la familia (clan o unidad mononuclear) y su apertura hacia el exterior son datos de importancia muy relativa para la condición de la mujer.

¿Significa esto que nada ha cambiado desde la noche de los tiempos? Sería absurdo afirmarlo. Pero la transformación introducida por el capitalismo no es exactamente la que quiere ver A. Artous.

Estado burgués y estatuto de la mujer

La parte consagrada por A. Artous a la relación Estado/familia es la más pobre de su trabajo. Se limita a constatar cómo, con el capitalismo, se produce la contracción de la familia y cómo ésta se constituye en unidad cerrada y separada del cuerpo social, apareciendo la noción de la vida privada opuesta a la vida pública, y encarnando las mujeres lo privado. Esta última constatación está muy lejos de ser falsa; pero la encarnación de lo privado por las mujeres es, por otra parte, mas amplia que su estatuto de esposa, de madre, descrito por A. Artous. En efecto, hemos visto que lo que caracteriza a las sociedades precapitalistas es la dispersión de la autoridad a todos los niveles del cuerpo social; estas sociedades son fundamentalmente no igualitarias y están dotadas de una pesadez reproducida una y otra vez por la imbricación compleja de jerarquías inviolables; jerarquías de nacimiento, de función, de grupos de edad, de sexo. Por otra parte, se ven cortadas y fragmentadas en múltiples grupos sociales, unificados a su vez por la función, el rango, el sexo... Esta situación hizo escribir a Marx que el análisis de estas sociedades planteaba problemas teóricos infinitamente más complejos que el capitalismo, donde se oponen con claridad unas clases antagónicas. Ahora bien, el Estado moderno, encarnación abstracta del derecho situado por encima de las clases y los grupos, no ha podido construirse más que rompiendo estos diferentes grupos sociales y *atomizando a los individuos frente a él*. La

familia burguesa, replegada sobre sí misma, separada del contexto social, del entramado de solidaridad anterior, ilustra esta pérdida de poder sociopolítico en beneficio del Estado.

Es, por lo tanto, absolutamente inexacto decir que la burguesía ha aportado un refuerzo a la familia; *lo que ha hecho es crear poco a poco otra familia, vaciando a la antigua de su función política, en el sentido más amplio*. Lo que A. Artous describe como fundamento económico de la nueva familia (separación entre producción y reproducción) es algo que acontece tan sólo en una fase más adelantada de la génesis de la misma; la oposición entre lugar de producción para el mercado y lugar de creación de valores de ruso nace con la revolución industrial (siglo XIX). Hace mucho tiempo que la familia burguesa ha arraigado incluso en las capas populares (desde principios del siglo XVIII, según Ph. Ariès⁵, en el campesinado). Por consiguiente, el cambio fundamental operado por el capitalismo en el estatuto de la mujer no se refiere tanto a su reclusión más radical en las tareas domésticas, ni a una nueva relación con la producción; su contenido se sitúa en la relación entre esta *nueva familia y el Estado*. En efecto, el Estado burgués exige la atomización de los individuos y, por lo tanto, tiene tendencia a fomentar su igualdad formal; las mujeres, lejos de perder «un determinado poder social», ganan con el cambio. Esto no es en absoluto un rasgo particular del Estado burgués. En la historia, cualquier refuerzo del Estado en relación con una sociedad en que domina una red de grandes familias ha producido los mismos efectos, tanto si se trata de una mejora en las leyes como en las costumbres. En el antiguo Egipto, las mujeres heredan y administran sus bienes en las épocas del poder faraónico; pero pierden sus derechos en los períodos de dominación «feudal». Las romanas son más libres bajo el Imperio que bajo la República. En Francia, en la Edad Media, en el siglo XII y XIII, en los que se refuerza la monarquía, observamos una notable mejora de las costumbres, si bien el derecho evoluciona poco (es la época de la literatura cortesana y de la instauración del culto matrimonial por la Iglesia). Las revueltas del siglo XIV entrañan una regresión.

Mujer y trabajo

Contrariamente a lo que dice A. Artous, la separación entre relaciones de parentesco y relaciones de producción es favorable a la mujer, al menos a aquellas que trabajan fuera. Como todos sabemos, el capital tiene necesidad de trabajadores y trabajadoras libres. La voluntad del Estado de limitar cualquier autoridad externa a sí mismo y de eliminar las antiguas jerarquías; las necesidades económicas del capital, que exigen una libertad jurídica de los que venden su fuerza de trabajo; tales son los elementos que dominan en la relación capitalismo/estatuto de la mujer.

Es evidente que se trata de un proceso tendencial, que no se realiza plenamente más que cuando desaparecen las secuelas de los modos de producción precapitalistas y las contradicciones coyunturales inherentes a determinadas fases del desarrollo capitalista. Así es como el Código Napoleónico mantiene (y no innova) la autoridad absoluta del marido sobre la mujer; pero en cambio las mujeres acceden a la *igualdad frente a la propiedad*: el Código Civil instituye, en efecto, la partición igual entre los herederos de las tierras y los bienes. No hay que subestimar la novedad radical de esta medida, que descompone el edificio político-económico del antiguo régimen; los campesinos se rebelaron contra la «desintegración del suelo francés» e inventaron mil triquiñuelas para no aplicarla (presión

⁵ Philippe Ariès, *L'Enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime*, Seuil.

ejercida para que la mujer renuncie a sus derechos en beneficio del hijo mayor varón, o del que se queda a cuidar de la tierra, limitación de los nacimientos).

Cuando Marx describe el capitalismo salvaje, sigue prisionero de una visión de relaciones de propiedad entre hombres y mujeres:

«La maquinaria, asimismo, revoluciona radicalmente la mediación formal de las relaciones capitalistas, el *contrato* entre el obrero y el capitalista. Sobre la base del intercambio de mercancías, el primer supuesto *era* que el capitalista y el obrero se enfrentaran *como personas libres*, como propietarios independientes de mercancías: el uno en cuanto poseedor de dinero y medios de producción, el otro como poseedor de fuerza de trabajo. Pero ahora el capital adquiere personas que total o parcialmente se hallan en estado de minoridad. Antes, el obrero vendía su propia fuerza de trabajo, de la que disponía como persona formalmente libre. Ahora vende a su mujer e hijo. Se convierte en *tratante de esclavos*».⁶

La constatación hecha por Marx de venta por el obrero de su mujer y de sus hijos refleja sólo una realidad coyuntural. El capitalismo se sirvió de las formas de dominación precapitalistas para aumentar sus beneficios, al mismo tiempo que destruía las antiguas relaciones sociales. Tenemos aquí una contradicción importante. En cada época de su desarrollo, el capitalismo ha utilizado a grupos sociales inferiorizados para realizar beneficios adicionales. Las mujeres son un buen ejemplo de ello, y ésto desde la aparición del capitalismo mercantil en el siglo XIV; si la diferencia entre los salarios femeninos y los salarios masculinos se acentúa entonces, no es tanto, como indica A. Artous, porque las mujeres hayan adquirido un nuevo estatuto de reclusión en la familia, sino por la sistematización de la lógica del beneficio. Marx veía perfectamente que las mujeres, al igual que los campesinos recién proletarizados y no cualificados, suministran una fuerza de trabajo barata, lo cual no sucede con los antiguos artesanos. Es la voluntad de realizar un beneficio adicional lo que mantiene aún a las mujeres en oficios especializados, tanto como la proyección en el trabajo de las funciones que cumple en la familia. *En efecto, los oficios femeninos siempre están peor pagados y desvalorizados, incluso cuando son cualificados*. El oficio de enseñante era masculino antes de la guerra, al igual que la mayoría de las profesiones de la función pública. Las estadísticas nos muestran hoy día que estos sectores, altamente feminizados desde entonces, son los que más han visto reducido su poder adquisitivo en comparación con otras capas. Por no hablar del prestigio, que se ha difuminado aun mucho más rápidamente que los salarios.

El capital utiliza una situación global de dominio, heredado de los modos de producción anteriores. No carece de fundamento establecer una analogía con los trabajadores emigrados. Esta actitud del capital ha entrado en conflicto con la lógica igualadora del Estado: vemos que hoy, por un trabajo estrictamente idéntico, las mujeres reciben el mismo salario: es así porque las mujeres rara vez realizan los mismos trabajos que los hombres. Si las mujeres ya no bajan a la mina sino que se dedican a escribir a máquina, no es tanto porque la familia haya cambiado, sino porque el capitalismo ha sabido aprovechar una de sus propias contradicciones.

⁶ Marx, K., *El Capital*, libro I.

Función de la familia bajo el capitalismo

El capitalismo no ha suministrado una nueva base económica a la familia, como dice A. Artous; por el contrario, la ha vaciado de gran parte de sus antiguas funciones. Ha sido necesario llegar al capitalismo tardío para que los alimentos básicos (pan, carne, legumbres) y las ropas ya no se produzcan en casa. En cuanto al capitalismo tardío, Mandel demuestra perfectamente qué significa la socialización incrementada de las tareas antiguamente consideradas privadas, e incluso la relativización del consumo familiar en beneficio del consumo individual. Desde el siglo XVI se generalizan los hospitales y asilos; aparecen colegios para la educación de los hijos, e incluso para las hijas (Saint-Cyr fue creado por Mme. de Maintenon para las muchachas nobles y pobres). Sabemos que la revolución industrial francesa coincide exactamente con la escuela obligatoria. *La perpetuación de dos trabajos domésticos en el marco privado, traduce una incapacidad coyuntural del capitalismo de socializar para el mercado todos los sectores de la producción.* Sólo de modo coyuntural el trabajo gratuito de la mujer sirve, indirectamente, al capitalismo, pero no estructuralmente como lo afirma el colectivo italiano⁷. ¿Significa esto que la familia burguesa es una simple reliquia de los modos de producción anteriores, llamada a desaparecer, como pensaba Engels? Evidentemente no. Pero tampoco hay necesidad de buscar una nueva base económica esencial para la lógica del sistema, como dice A. Artous, para demostrarlo. Además de su papel importante como unidad de consumo, la familia burguesa está dotada de dos funciones esencialmente políticas, que se relacionan directamente con las estructuras del Estado burgués: la separación entre el hombre privado y el ciudadano/productor -me remito aquí al trabajo de A. Artous- y la socialización de los hijos. Incluso esta última función ni siquiera está reservada exclusivamente a la familia, ni es solamente política. En efecto, la familia mononuclear es también una realidad biológica, que se impone como un hecho «natural». Es el marco donde el hijo accede al lenguaje, a la conciencia de sí mismo, dentro de la relación social establecida con sus padres. No se trata pues de una institución que sea de la misma naturaleza que cualquier otro aparato del Estado, y su existencia y su subversión plantean problemas muy diferentes.

Algunas precisiones sobre el debate acerca de la existencia de una lucha de sexos

A. Artous no aborda esta cuestión, que sin embargo se está debatiendo hoy en las corrientes feministas y en la extrema izquierda. Toda su exposición tiende por otra parte a esquivar este problema. Es como mínimo curioso hablar de relaciones de parentesco en las sociedades precapitalistas sin especificar claramente lo que representan: relaciones de dominio de los hombres sobre las mujeres, apoyados en la legislación y en la inferioridad económica de la mujer. E. Shorter cita un ejemplo muy significativo: en algunas regiones, las amas de casa no tenían derecho a dar órdenes a los servidores varones, con lo que la superioridad de sexo se sobreponía allí a la superioridad de clase. Estas sociedades funcionaban por delegación de poderes a todos los niveles: la oposición entre el grupo de hombres y el grupo de mujeres se definía claramente, tanto por la división del trabajo como por una relación estricta de inferior a superior. Sin duda alguna, la existencia de clases sociales ha complicado el análisis; sin duda alguna, también, todas las mujeres se muestran solidarias con los intereses de su clase y de su casta; pero su estatuto de mujer les confería una unidad de destino infinitamente más fuerte que en nuestros días. La castellana medieval, mercancía a veces transferida de un marido a

⁷ *Être exploitées...*, Editions des Femmes.

otro por su familia, su señor o por su rey; frecuentemente maltratada o violada por su esposo, amenazada de muerte en caso de infidelidad, pocas ocasiones tiene de considerarse privilegiada. Muy frecuentemente sirvientas y amas comparten las mismas actividades y los mismos delitos (las brujas contaban en sus filas con mujeres de muy alto rango). El hábitat, por otra parte, no estaba separado en absoluto -las ricas y las pobres se codeaban en las mismas casas y en las mismas viviendas-; es la burguesía la que ha inventado la segregación del espacio. También la oposición entre los sexos se siente intensamente. La situación se ve sensiblemente modificada en el capitalismo, donde el enfrentamiento entre clases antagónicas hace que aparezcan como bastante relativas las múltiples tramas de dominación anteriores.

Hablar de lucha de sexos resulta hoy día ambiguo, porque el singular de la palabra *lucha* supone una opresión indiferenciada según las clases, y la posibilidad de que se afirme sobre la escena política un grupo social de mujeres con un programa único. Por otra parte, se trata de comprender que la utilización por parte del capital de la inferioridad de la mujer no se realiza directamente (como en el caso de los trabajadores inmigrados), *sino mediante una relación de dominio heredada entre hombres y mujeres*. Esta dominación ha sido dotada ciertamente de un contenido diferente, pero subsiste, apoyada en la voluntad de sobreexplotar a la mujer y en la aproximación/transformación por parte del sistema de la desvalorización ancestral. Se traduce en privilegios materiales (mayores salarios de los hombres, posibilidad de conseguir que las mujeres realicen las tareas domésticas) e ideológicos; el conjunto es tan poco negligible que oscurece la conciencia de clase y produce una opresión violenta. *Los hombres se ven obligados por el capital a mantener un estatuto colectivo de opresores, que funciona con cierta autonomía (sobre todo en sus formas más violentas)*. Esta situación justifica que se hable de *conflictos de sexo*, utilizando un plural que indica su parcelación según las clases. Esta dominación tan arraigada, que se traduce a veces por formas muy arcaicas, no puede dejar de asombrar en una época en que el racismo encuentra ya más reprobación general, o en que los derechos humanos son una referencia obligada. Y es porque la relación hombre-mujer tiene unas implicaciones en la estructuración de la personalidad como no las tiene ninguna otra relación social, incluyendo las relaciones de clase. ¿Acaso significa hacer psicoanálisis barato cuando decimos que el acceso al lenguaje, al simbolismo, se produce bajo la orientación de una diferenciación sexual, y de forma que dicha diferencia implica ya la desvalorización del sexo femenino? Porque le reconocemos una autonomía al universo simbólico, es por lo que afirmamos que la subversión de las relaciones sociales capitalistas no será suficiente para liberar a la mujer.

Sobre el origen de la opresión

En el apartado «Sobre la opresión de la mujer en las sociedades primitivas», con que termina su trabajo A. Artous, después de rechazar acertadamente la tesis del matriarcado primitivo de Engels, recoge las posiciones de Godelier y de Meillassoux, según las cuales la opresión de los hombres sobre la mujer en las sociedades primitivas podría imputarse al débil desarrollo de las fuerzas productivas, que transforma la desigualdad ante la reproducción de la especie en un obstáculo insalvable para las mujeres. Esto significa, en otros términos, considerar esta dominación como *inmediata* en cualquier forma de organización social primitiva. El argumento de las fuerzas productivas nunca me parecerá convincente, aunque dudo con A. Artous que podamos tener jamás certidumbre sobre

esta cuestión de los orígenes. En efecto, la función de la reproducción no es un «obstáculo insalvable» en sí; podría estimarse incluso que el control de los hijos fuese un privilegio natural, dado a la mujer en una sociedad en que la fuerza de trabajo es más importante que los medios de producción. Las mujeres podrían haber sacado de ello un poder para someter a los hombres. En cambio, nos encontramos con una situación inversa en casi todas las sociedades conocidas. A menos de caer en una imaginería naturalista sobre la mayor fuerza física o el mayor instinto sexual de los hombres, nos vemos obligadas a considerar la dominación de los hombres sobre las mujeres como un *proceso de toma de poder*. A partir de ahí pueden emitirse hipótesis, de las cuales la más razonable es que la división del trabajo ha confinado a la mujer en unas tareas que se han convertido después en menos importantes para el conjunto de la sociedad, a medida que éste superaba el estado de depredación:

«Cuando se puede establecer la forma original de las diversas operaciones implicadas en los diferentes procesos de producción, se comprueba que todas las operaciones complejas, las que son estratégicas para la transformación de la naturaleza, han sido realizadas por los hombres, y frecuentemente en forma de cooperación: talar los bosques, vallar los jardines con empalizadas contra las incursiones de cerdos salvajes o domésticos, trazar canales de riego, construir filtros y hornos para la sal, cazar el jabalí, etc., son todas ellas tareas masculinas.»⁸

Podría imaginarse también que la inferioridad natural de los hombres respecto al control de la reproducción de la especie haya exigido su reagrupamiento contra las mujeres. Pocas veces se piensa en el hecho banal de que las mujeres pueden pasarse sin hombres (el mito tan masculino de las Amazonas prevé un encuentro anual para reproducir la especie), mientras que los hombres no pueden pasarse sin las mujeres y, por lo tanto, en esta etapa de la humanidad las tienen que someter.

A. Artous me reprocha de hablar, en esta situación, de lucha de sexos y de asimilar este conflicto a una lucha de clases. Con toda seguridad los hombres y las mujeres en aquellas sociedades no constituían todavía clases en el sentido clásico del término. Pero también sería absurdo oponer radicalmente sociedades de clase y sociedades preclasistas, aunque solamente fuese porque la formación de las clases es el resultado de un proceso largo y complejo. Las sociedades primitivas vivían bajo *formas de dominación* que inferiorizaban a grupos enteros en razón de su función o de su sexo. Nos encontramos con frecuencia con que los herreros, encargados de la fabricación de útiles de trabajo y de guerra, y que mantienen por ello una relación terrorífica con el fuego, son objeto de tabúes y de una constante desvalorización⁹. Se observa que es la importancia misma de su función para el grupo lo que hace necesario, al igual que en el caso de las mujeres, aplicarles un control más estricto. Estas formas de dominación no son estáticas. El ejemplo de los herreros, que suministran con sus útiles los medios para acumular un excedente, traduce una especialización que trasciende el orden tribal cuyo eje es la división del trabajo según los sexos. Otra forma de dominación es la existencia de castas de dirigentes y/o brujos. La puesta en pie de estas tramas de dominación puede dar una idea de lo que pudo haber sido la toma del poder por parte de los hombres.

En cuanto a las pruebas de esta lucha primitiva de sexos, el hecho de que Meillassoux no

⁸ M. Godelier y P. Bonte, *Le problème des formes et des fondements de la domination masculine*, Cahier du CERM.

⁹ Laura Lévi-Makarius, *Le sacré et la violation des interdits*.

hable de ella no es, como llega a decir A. Artous, una prueba de que no haya existido. Desde luego, no hay pruebas de ello bajo la forma de documentos irrefutables, pero sí hay mitos por descodificar, hay obras de arte. La mayor parte de las cosmogonías de Grecia y de la India, pasando por las tribus africanas, hablan de la situación espantosa que reinaba en el momento de la creación de la Tierra: el desorden nacido del dominio de una o de varias diosas, o de su simple independencia en relación a los dioses hombres. Podríamos enumerar 500 mitos de diferentes orígenes, que detallan las mil astucias empleadas por los simples mortales para arrancarles el poder a las mujeres. El matricidio es un tema dominante en la mitología griega; Esquilo escribió una trilogía para justificarlo en pleno siglo V ateniense. El arte paleolítico (época de la depredación) no suministra más que figuras femeninas con los órganos genitales fuertemente marcados; a partir del final del neolítico (instalación de las sociedades agrícolas) aparecen los primeros falos, llamados a tener un brillante porvenir. También se puede datar con precisión el momento en que los panteones arcaicos vieron a la gran diosa acoger primero a un simple compañero-amante¹⁰, para después dejarse derrocar por este compañero, convertido en dios soberano. Si todo esto -y podríamos continuar ofreciendo muchos ejemplos- no traduce una alteración profunda de los valores y un cambio de la relación de fuerzas entre hombres y mujeres, será que nuestros antepasados varones tenían demasiada imaginación.

10 En el original francés se utiliza la palabra *parèdre*, procedente del griego: *παρῑδρς* (el que se sienta al lado, acompañante).- *N. del T.*